**TRIDUO PASCUAL**

Queridos diocesanos:

Los días centrales de las celebraciones de la Semana son los del Triduo Pascual que comienza el Jueves Santo con la Misa en la Cena del Señor y culmina con la Vigilia Pascual. Las fórmulas de fe más antiguas nos anuncian el contenido esencial y el significado de lo que celebramos estos días: “Que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y se apareció a Pedro y a los demás discípulos”. (Hch. 2 y 1Cor 15).

¿Quién es este que muere en la Cruz y resucita? ¿Qué sentido tiene su muerte y resurrección para los hombres de hoy? ¿Por qué dos mil años después seguimos celebrando una muerte tan cruel? **En la Cruz muere un profeta**, el profeta de Nazaret que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal”. Un profeta libre cuyas palabras y acciones no gustaban a los jefes de los sacerdotes y a los notables del Pueblo judío. **En la Cruz muere Aquel Sumo y Eterno Sacerdote** a quien describe la Carta a los Hebreos como “El que nos hacía falta: santo, inmaculado, separado de los pecadores y más sublime que los cielos, que no tiene necesidad, como los sumos sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios por sus propios pecados antes de ofrecerlos por los pecados del pueblo porque lo hizo él de una vez para siempre ofreciéndose a sí mismo” (Hb 9 y 10). **En la Cruz muere el Rey** cuyo reino no es de este mundo ni tendrá fin. El Rey coronado por las espinas del sufrimiento de toda la humanidad y traspasado por el pecado de los hombres. Un rey atípico que tiene por trono una cruz, por manto el cielo y la tierra y por cetro la caña del sufrimiento. Un rey que reina desde el amor y que invita a todos los hombres a ser reyes amando, sufriendo y entregándose a los demás como Él mismo lo hizo.

**En la Cruz muere el Hijo de Dios** hecho hombre. Así lo confiesa el centurión: “Verdaderamente este era Hijo de Dios” (Mc. 15,39). Por ser el Hijo de Dios el que muere en la cruz pudo obtener para toda la humanidad el perdón de los pecados, la reconciliación de los hombres con Dios, el restablecimiento de la paz y la armonía que el pecado de Adán había roto. Esta es la razón por la cual la muerte de Jesús es significativa para los hombres de todos los tiempos, también para nosotros. Esta es la razón por la cual hoy seguimos anunciando y celebrando la muerte del Señor hasta que vuelva.

 La muerte sacrificial de Cristo en la cruz se actualiza por la acción del Espíritu Santo cada vez que la Iglesia celebra la eucaristía y los demás sacramentos. El Cuerpo de Cristo entregado a la muerte y la Sangre redentora de Cristo derramada se ofrece hoy a todos los hombres para el perdón de los pecados y como alimento de vida eterna.

 La Pasión y Muerte de Cristo sigue viva para nuestros ojos en aquellos que sufren las consecuencias del mal y por los cuales pedimos en la celebración del Viernes Santo: los enfermos, los que pasan hambre, los perseguidos por su fe, los encarcelados, los emigrantes, los desterrados, los refugiados. También habría que añadir los parados de larga duración, los expoliados y descartados del sistema, las víctimas de la violencia doméstica, los que sufren las consecuencias de las rupturas familiares, los damnificados por la eclosión de las fuerzas de la naturaleza… Todos los que sufren nos recuerdan a Cristo en su Pasión y muerte. A todos los que sufren debemos anunciar que quien sufre con Cristo reinará con Él, quien muere con Cristo resucitará con Él.

Vuestro obispo,

† Juan Antonio, obispo de Astorga